

Director
Francisco Muñoz Jaramillo

Comité Editorial ad hoc
Santiago Ortiz
Franklin Ramírez

Editor
Ángel Enrique Arias

Consejo Editorial
Jaime Arciniegas, Augusto Barrera,
Jaime Breilh, Marena Briones, Carlos Castro,
Galo Chiriboga, Eduardo Delgado,
Julio Echeverría, Myriam Garcés, Luis Gómez,
Ramiro González, Virgilio Hernández,
Guillermo Landázuri, Luis Maldonado Lince,
René Maugé, Paco Moncayo, René Morales,
Melania Mora, Marco Navas, Gonzalo Ortiz,
Nina Pacari, Andrés Páez, Alexis Ponce,
Rafael Quintero, Eduardo Valencia, Andrés Vallejo,
Raúl Vallejo, Gaitán Villavicencio

Coordinadora Editorial
María Arboleda

Diseño y Diagramación
Verónica Ávila / Activa Diseño Editorial

Fotografías
Archivo Activa

Auspicio
ILDIS - FES
Avenida República 500, Edificio Pucará
Teléfono (593) 2 2 562 103
Quito - Ecuador
www.ildis.org.ec

Impresión
Gráficas Araujo
08 44 90 582

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni estas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

laTendencia
—revista de análisis político—

© de esta edición: cada autor
ISSN: 13902571
Octubre/Noviembre de 2008

laTendencia

—revista de análisis político—

Hugo Barber
Kintto Lucas
Hernán Reyes Aguinaga
Rafael Guerrero B.
Milton Cáceres
Virgilio Hernández E.
Alberto Acosta
Diego Borja Cornejo
René Ramírez Gallegos
Gerardo Venegas
Betty Tola
Rocío Rosero Garcés
Solanda Goyes Quelal
Jorge Moreno Yanes
Marco Romero Cevallos
Juan Cuvi
Claudia Detsch
Hervé Do Alto
Carlos Larrea
María Paula Romo
Enrique Ayala Mora

8 oct/nov 2008

Coyuntura

5 **Editorial**
Convergencia de las izquierdas en el marco del acuerdo nacional
Francisco Muñoz Jaramillo

11 Los convidados de piedra:
El referéndum y sus resultados
Hugo Barber

16 Tendencias difusas y correlación de fuerzas
Kintto Lucas

21 La derecha y el referéndum
Hernán Reyes Aguinaga

26 Correa y Nebot: identidad y diferencia
Rafael Guerrero B.

32 Iglesias y referéndum
Milton Cáceres

36 El escenario post referéndum
Virgilio Hernández E.



43 La compleja tarea de construir democráticamente una sociedad democrática
Alberto Acosta

49 El desafío de la transformación pasa por un amplio acuerdo democrático
Diego Borja Cornejo

56 El nuevo pacto de convivencia para Ecuador (2008): Vivir como iguales, queriendo vivir juntos
René Ramírez Gallegos

62 Mundialización y liberación
Gerardo Venegas

69 Un día después... Los retos para darle vida a la nueva constitución
Betty Tola

77 Los derechos de las mujeres en la constitución del 2008
Rocío Rosero Garcés
Solanda Goyes Quelal

83 Organización y funciones del Estado: la función electoral
Jorge Moreno Yanes

Políticas públicas



89 ¿Otra crisis financiera o un cambio fundamental en el capitalismo financiero?
Marco Romero Cevallos

95 Postergar para reinar
Juan Cuvi

101 ¿Son conciliables producción y protección climática?
Claudia Detsch

108 De Santa Cruz al Porvenir: los dilemas de la derecha boliviana
Hervé Do Alto



114 Sustentabilidad y equidad: hacia nuevos paradigmas de desarrollo en América Latina
Carlos Larrea

119 ¿Cómo es el socialismo del siglo XXI?
María Paula Romo

122 Salvador Allende: Revolucionario, demócrata y socialista
Enrique Ayala Mora

Internacional

Debate ideológico

Enrique Ayala Mora

Salvador Allende: Revolucionario, demócrata y socialista

Un gran latinoamericano

Salvador Allende es uno de los grandes de la historia de América Latina. Vivió como patriota y socialista. Murió defendiendo sus principios y la democracia. Lo recordamos ahora como un revolucionario, cuyo ejemplo es parte medular de nuestra trayectoria continental. Pero no solo es una gran figura del pasado, sino, también, un gran referente para los procesos que hoy se llevan adelante en el continente. Su ideal y la razón de su vida son ahora ejemplo y propuesta para el siglo XXI.

Allende, como Simón Bolívar, Andrés Bello, Juan Montalvo, Augusto César Sandino, entre otros, más allá de su nombre, es un símbolo continental y una invitación a la acción. Por ello, recordar ahora a Allende, cuando se cumple el centenario de su natalicio, no solo es admirar sus largos años de lucha, su controvertida pero brillante gestión de gobierno y su reconocido acto final de consecuencia al entregar su vida por sus principios. Es, también, buscar en su pensamiento y en su acción los mensajes claros y los aportes enriquecedores que nos permitan construir, en el futuro, una nueva realidad de democracia y justicia social.

Salvador Allende es un paradigma del hombre público latinoamericano. Fue un socialista militante y doctrinario. Luchó toda su vida por la justicia social. Fue un patriota. Amó a Chile tanto como a América Latina y combatió al imperialismo. Al mismo tiempo fue un gran demócrata, un convencido de la necesidad de desarrollar y respetar las instituciones republicanas. Es, ahora, parte de nuestro legado común, por ello su centenario debe ser una ocasión para reflexionar sobre su condición de revolucionario, demócrata y socialista. Estos pocos párrafos, aunque no son un estudio propiamente, apenas un punteo, quieren aportar en ese sentido.

*Enrique Ayala Mora— DPhil (PhD) Oxon, historiador,
ex legislador, militante socialista, rector de la Universidad
Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Fue designado
Presidente del Comité Nacional Salvador Allende,
formado por el centenario de su natalicio.*

Larga lucha por el socialismo

Salvador Allende Gossens nació el 26 de junio de 1908, a inicios del siglo XX y lo vivió con intensidad. Desde sus años de estudiante de medicina en la Universidad de Chile, se destacó como dirigente y abrazó la militancia de izquierda. En 1933 fue uno de los fundadores del Partido Socialista, que se convirtió en eje de la política chilena y un referente latinoamericano. Siempre tuvo un gran sentido de la militancia y la disciplina. Priorizó en su vida la organización y entregó a su partido enormes esfuerzos de luchador y organizador.

En la década de los treinta, siendo todavía muy joven, fue Ministro de Salud del gobierno de coalición popular dirigido por el Presidente Pedro Aguirre Cerda. En las tres décadas siguientes fue electo en forma seguida, para varios períodos, como senador de la República. Desde su escaño se destacó como líder de la izquierda y de la organización popular chilena y como uno de los políticos más distinguidos de su país. Sus discursos parlamentarios, pronunciados al calor de los debates en el Senado, son piezas oratorias de gran contenido, que ahora pueden leerse también como textos clásicos de la política chilena y latinoamericana. Esto decía como senador en 1959:

Dentro del ángulo y la firmeza de nuestras ideas, nosotros conceptuamos antipatriotas y calificamos con dureza a quienes actúan entregando el cobre, el salitre, el petróleo o el uranio, en la creencia de que nuestra condición de pueblo en desarrollo nos obliga a someternos más y más a la prepotencia del imperialismo financiero, el cual, por lo demás, siempre trae aparejado el sometimiento político. Nunca jamás, hemos dejado de decir que no aceptamos ningún tipo de imperialismo y que no somos colonos mentales de ninguna tendencia foránea. Y si hay algo respetable, es nuestra firmeza para defender lo que nosotros entendemos por libertad y autodeterminación y soberanía de los pueblos; porque, desde estos bancos - no ahora, sino siempre -, hemos protestado por las ignominiosas dictaduras del Caribe y las diversas satrapías que des gobiernan a los pueblos de la América Latina.

Allende era marxista y socialista. Por ello tenía una postura indeclinable de independencia en su pensamiento y en su postura frente al mundo. Pedía a sus adversarios de derecha que dijeran la "verdad frente a España, mancillada por la sangrienta dictadura de Franco, pues muchos de ustedes han ido a ese país, como yo estuve en Moscú, de lo cual no me arrepiento. Con la diferencia de que a mi regreso, no vine al Senado a decir que el régimen soviético era un paraíso; sostuve que no era ni un paraíso ni un infierno; que era un régimen social distinto; que para nosotros éste era diferente y difícil de comprender; que toda transformación social implicaba errores que se van desfigurando o desdibujando a medida que el tiempo pasa...." Expresar independencia frente a la Unión Soviética en esos tiempos demandaba valentía. Como también era muy serio identificarse frontalmente con un futuro socialista para el mundo:

Creemos con profunda sinceridad que el destino de la Humanidad esta marcado por la ruta del socialismo. Y lo creemos no solo porque él representa, en el progreso técnico y económico, un concepto distinto de la convivencia y porque tiende a poner al servicio de todos lo que es el patrimonio común -cultura, técnica, saber y ciencia -, sino también por el respeto a la personalidad humana y por el sentido humanístico que en el fondo tiene el socialismo. Porque una cosa es hablar de respeto a la personalidad humana, a las ideas y a los principios, y otra cosa es dictar leyes que no los representan y que persiguen a los que no piensan como uno.

Allende fue uno de los grandes parlamentarios de América Latina. Pero su actividad política no fue solo parlamentaria. Estuvo presente en la vida de los sindicatos, en la acción de las representaciones de vecinos, en las luchas de los colegios profesionales y en la solidaridad internacional. Fue ante todo un político de acción. Marxista convencido, creía que el socialismo chileno y latinoamericano debía tener profundas raíces propias, pero al mismo tiempo tenía que ser radical. Para él la socialdemocracia era un fenómeno europeo, no una opción de izquierda con raíces y posibilidades entre nosotros. No escribió libros ni tuvo una postura destacada como

académico, pero no era superficial ni solo apegado a la coyuntura, como muchos políticos. Sus posiciones eran sólidas y orientadoras. Reflejaban gran cultura, muy buen conocimiento de las realidades del país y el mundo. También una preocupación permanente por la participación de la ciudadanía en las decisiones y por la formación de los cuadros políticos.

En Chile, el esfuerzo de unir a todas las fuerzas políticas de izquierda se dio en forma repetida desde los años treinta a los sesenta. Los partidos de izquierda se juntaron en sucesivas coaliciones que planteaban un gobierno revolucionario, con respeto a la democracia y a las diversas tendencias. Salvador Allende se constituyó en uno de los más destacados actores de esa unidad. Fue candidato presidencial en 1951, en 1958 y en 1964. A pesar de ser derrotado, la tendencia acumuló fuerzas y el candidato se conoció y ganó mayor prestigio.

Para las elecciones presidenciales de 1970 se formó la Unidad Popular, un amplio acuerdo político de seis organizaciones de izquierda, entre las que estaban los partidos socialista y comunista. El poeta Pablo Neruda, que era el precandidato comunista, declinó su postulación por la unidad y se lanzó a Salvador Allende, reconociendo que era la figura de mayor presencia y capacidad de liderazgo del proceso. La campaña electoral fue intensa, con un despliegue de movilización popular e inclusive de desarrollo cultural y artístico. Pese a una feroz campaña de miedo e intimidación, Allende obtuvo un sólido primer lugar en las votaciones y el Congreso lo confirmó luego como Presidente de Chile.

Socialismo y democracia

La Unidad Popular había planteado un plan de gobierno que postulaba “la vía chilena al socialismo”, dentro de un régimen constitucional y representativo. Era la primera vez que un revolucionario de izquierda había ganado una elección, rompiendo el mito de que los marxistas radicales jamás podrían ganar en las urnas. Luego de su triunfo, en un masivo acto, Allende ratificó que mantendría la tradición republicana y democrática, recalcando: “Sin renunciar a

sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas...” Para añadir luego:

Sin precedentes en el mundo, Chile acaba de dar una prueba extraordinaria de desarrollo político, haciendo posible que un movimiento anticapitalista asuma el poder por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos. Lo asume para orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en la que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases.

El nuevo gobierno chileno fue una innovación profunda y un gran referente no solo latinoamericano sino mundial. No por conveniencia, no por formulismo, sino por profunda convicción, el gobierno de Allende se propuso la difícil tarea de hacer la revolución sin violencia, dentro de los límites de la institucionalidad. “Nuestro programa de gobierno se ha comprometido –decía Allende– a realizar su obra revolucionaria respetando el Estado de derecho. No es un simple compromiso formal sino el reconocimiento explícito de que el principio de legalidad y el orden institucional son consustanciales a un régimen socialista a pesar de las dificultades que encierra para el período de transición.”

El gobierno de la Unidad Popular respetó las libertades políticas y planteó que con su desarrollo se podían consolidar las libertades sociales y económicas, cuyo fundamento es la igualdad efectiva. Para ello buscó, por vías legales, la nacionalización completa del cobre, aceleró la Reforma Agraria, fomentó el área social de la economía y propugnó una mayor participación de los trabajadores en la dirección política y económica. Varias nacionalizaciones y la aplicación de la planificación estatal, fueron muy polémicas. También se dieron dificultades y novatadas. El gabinete del presidente socialista reflejaba la heterogeneidad de su base social. En él estaban representadas todas las fuerzas de la coalición y se daba una gran constelación de posiciones, que expresaban la riqueza de la diversidad, pero también las dificultades de avanzar en medio de discrepancias, que a

veces llegaron a ser significativas.

Desde el primer momento de la administración de Allende, los grandes poderes económicos levantaron una cerrada oposición, que se expresó en el Congreso y también en la vida diaria. El respeto a la organización se topó con acciones de boicot y huelgas expresamente organizadas para desestabilizar al gobierno de la Unidad Popular. Se dio una profunda división del país. Por meses la economía chilena y el gobierno popular soportaron golpe tras golpe. El desabastecimiento fue un grave problema. La tónica general del gobierno, pese a todo, fue de optimismo. El impulso de solidaridad internacional así como la integración andina y latinoamericana fueron dos de sus consignas principales y Allende hizo varias giras internacionales que acrecentaron su prestigio mundial. En uno de sus viajes llegó al Ecuador y fue recibido con expresiones de admiración por el presidente Velasco Ibarra, pero sobre todo con un desbordante entusiasmo por el pueblo ecuatoriano.

En la aplicación del plan de gobierno, hubo grandes éxitos y no pocos errores. Pero no cabe duda de que la gente tenía la impresión de que el proceso avanzaba. En 1970, la Unidad Popular había logrado un 34 por ciento de los votos y en 1973 llegó al 43 por ciento de los sufragios en una elección municipal intermedia. Los grandes intereses económicos del país, empero, agudizaron su campaña de desestabilización y boicot. El gobierno norteamericano desplegó una acción mundial contra el gobierno de Chile, y también desató una serie de acciones internas de apoyo activo a la oposición más extrema. En 1972, ante las Naciones Unidas, declaraba Allende:

No siempre se percibe que el subcontinente latinoamericano, cuyas riquezas potenciales son enormes, ha llegado a ser el principal campo de acción del imperialismo económico en los últimos treinta años. Datos recientes del Fondo Monetario Internacional nos informan que la cuenta de inversiones privadas de los países desarrollados en América Latina arrojó un déficit en contra de ésta de diez mil millones de dólares entre 1960 y 1970. En una palabra, esta suma constituye un aporte neto de capitales de esta región al mundo

opulento, en diez años.

Chile se siente profundamente solidario con América Latina, sin excepción alguna. Por tal razón, propicia y respeta estrictamente la Política de No Intervención y de Autodeterminación que aplicamos en el plano mundial. Estimulamos fervorosamente el incremento de nuestras relaciones económicas y culturales. Somos partidarios de la complementación y de la integración de nuestras economías. De ahí que trabajamos con entusiasmo dentro del cuadro de la ALALC y, como primer paso, por la formación del Mercado Común de los Países Andinos, que nos une con Bolivia, Colombia, Perú, Ecuador.

En esos años, el aparato de información norteamericano decía que las denuncias de intromisión eran falsas. Pero las propias fuentes oficiales de Estados Unidos, que se conocieron luego, revelaron que la CIA montó una multimillonaria campaña de acoso al régimen. Se financiaba bandas de agitadores de los paros y huelgas, y de saboteadores de la producción en las fábricas públicas y privadas. Con plata norteamericana se pagaba a los transportistas para que no sacaran sus buses al servicio público y se agudizara esa deficiencia. Se fomentaba la especulación y el mercado negro. Se promovía el desabastecimiento. Por confesión del propio Henry Kissinger, Secretario de Estado del Presidente Richard Nixon, se conoció que esa administración consideraba un problema de seguridad nacional el proceso chileno y, por ello, financió primero las operaciones ilegales de la oposición de ese país y luego organizó, también con recursos pagados por los contribuyentes estadounidenses, un golpe de Estado contra el sistema constitucional chileno. Esa no era una excepción sino la norma. Así habían procedido en toda América Latina.

El golpe

La crisis se fue agudizando. El Presidente logró mantener el proyecto político y la constitucionalidad venciendo los impulsos acelerados de las tendencias más radicales de la *Unidad Popular* y al mismo

tiempo abriendo su gabinete a la presencia de varios jefes militares leales a la democracia. Hubo un primer intento de golpe protagonizado por miembros del ejército, que fue sofocado. Una multitudinaria manifestación popular respaldó al régimen el 4 de septiembre de 1973, aniversario del triunfo de la *Unidad Popular*. Pero el 11 de septiembre, en la madrugada, el golpe castrense se ejecutó en forma precisa y sanguinaria. Aviones, tanques y tropas de asalto atacaron el Palacio de la Moneda, sede del gobierno, y varios objetivos estratégicos. El Presidente Salvador Allende resolvió no abandonar su despacho de La Moneda y dirigió un mensaje por radio:

En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la Patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La Humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

Ya no había tiempo para discursos largos, porque en pocos minutos las radios que difundían las palabras del Presidente serían bombardeadas. Con voz pausada pero firme, agradeció entonces la lealtad de los trabajadores, de las mujeres, de los jóvenes, condenó la traición de los generales. Consciente de que esas eran sus últimas palabras concluyó diciendo:

Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

En pocos minutos el Palacio cayó bajo el peso de un ataque de aviones, tanques y artillería. Los soldados asaltaron el edificio en llamas. Allende entregó su vida por la causa de Chile, la democracia y el socialismo. Ese fue el comienzo de una de las secuencias de represión y barbarie más feroces de toda la historia latinoamericana. Muchos de los que intentaron

resistir y hasta de los que eran simples sospechosos de respaldar al gobierno de izquierda fueron masacrados. Uno de los primeros caídos fue un socialista ecuatoriano que se había comprometido con el proceso chileno, Sócrates Ponce. Por meses, hombres y mujeres fueron asesinados sin fórmula de juicio, encarcelados, torturados, expulsados de su país. Aún hoy todavía existe una extensa lista de desaparecidos, cuyo fatal destino sigue oculto.

En la conspiración y el golpe contra Allende participaron activamente las oligarquías de ese país, los mandos militares extremistas, las viejas elites políticas, los grupos “gremialistas” de extrema derecha y el Gobierno de Estados Unidos. Ese fue el operativo más grande de la CIA en el continente y el propio Henry Kissinger lo reconoce en sus memorias. Los golpistas fueron allí, sin duda alguna, la derecha y el imperialismo, con las Fuerzas Armadas como instrumento.

El legado de Allende

La dictadura que asoló Chile por casi dos décadas ejerció la represión sin límite e intentó borrar a Salvador Allende de la memoria social. Deformó su personalidad y su obra, prohibió su nombre en la vida pública. Hasta impidió que se visitara su tumba. Pero al cabo del tiempo, lejos de perderse, su obra y su mensaje son –cada vez más– vivos referentes de dignidad, soberanía y justicia social. Allende es ahora uno de los grandes latinoamericanos, admirado y respetado por su rectitud y coherencia. Los militares que lo traicionaron y derrocaron, los que dominaron Chile en la noche dictatorial, con Pinochet a la cabeza, pese a sus esfuerzos de encubrimiento, fueron a parar a las alcantarillas de la historia, censurados por la conciencia de la humanidad, no solo como represores y asesinos, sino como delincuentes que se apoderaron de inmensas cantidades de recursos públicos para su beneficio personal y familiar.

A treinta y cinco años de su caída y su muerte, en cambio, el nombre de Salvador Allende convoca a los revolucionarios y demócratas de América y el mundo. En nuestra Patria, como en toda América

Latina, buena parte de Europa y muchos países del mundo, hay una enorme corriente de admiración por Allende. Con ocasión de conmemorarse el centenario de su natalicio, se constituyó un Comité Nacional, cuya principal responsabilidad es promover el conocimiento de su vida y obra. Entre el 2008 y el 2009 se realizarán varios actos con ese objetivo. El Comité congrega a personas de las más diversas posturas ideológicas y a una gran diversidad de instituciones representativas de la sociedad ecuatoriana. Por ello, sus actividades se desarrollan con amplio sentido pluralista. Son un testimonio de respeto y admiración al patriotismo de Salvador Allende, a su vocación latinoamericana, a su convicción profundamente democrática, a su sentido de justicia social, a su consecuencia con los principios por los que vivió y murió.

En la conmemoración del centenario de su nacimiento, Allende recibe la admiración y respeto del pueblo ecuatoriano. Porque, más allá de nuestras diferencias ideológicas, todos los que creemos en el futuro podremos repetir con esperanza las palabras finales con las que cruzó el umbral de la muerte y entró en la Historia de América Latina: “mucho más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre”. 